

Heinrich Böll

# El ángel

CALLABA

Comienza la vida entre  
las brumas de la posguerra



POPULAR



COLECCIÓN POPULAR

852

EL ÁNGEL CALLABA

HEINRICH BÖLL

# EL ÁNGEL CALLABA

*Traducción*  
LOREL MANZANO



HEINRICH BÖLL STIFTUNG  
CIUDAD DE MÉXICO  
México y El Caribe

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
HEINRICH BÖLL STIFTUNG

Primera edición en alemán, 1992  
Primera edición, 2022  
[Primera edición en libro electrónico, 2022]

© 1992, 2000, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Colonia, Alemania  
Título original: *Der Engel schwieg*

La traducción y la publicación de esta obra fueron posibles gracias al apoyo de Dawid Danilo Bartelt y la familia Böll.

D. R. © 2022, Fundación Heinrich Böll e. V.  
Calle José Alvarado, 12, Col. Roma, Alcaldía Cuauhtémoc  
06760 Ciudad de México  
[mx.boell.org](http://mx.boell.org)  
[mx-info@mx.boell.org](mailto:mx-info@mx.boell.org)  
Tel.: (+52) 55 5264 1514

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

**ISBN** 978-607-16-7524-8 (ePub)  
**ISBN** 978-607-16-7413-5 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

# ÍNDICE

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX  
X  
XI  
XII  
XIII  
XIV  
XV  
XVI  
XVII  
XVIII  
XIX

# I

EL RESPLANDOR de los incendios del norte de la ciudad era lo suficientemente intenso para que él pudiera reconocer las letras sobre el portal: "Hospital de San...", leyó y subió con cuidado los escalones. A la derecha de las escaleras salía luz de una de las ventanas del sótano. Se detuvo un momento e intentó reconocer algo detrás de los vidrios sucios; después continuó andando con lentitud en dirección de su propia sombra, que subía cada vez más alto en una pared intacta, volviéndose más grande y ancha, un tenue fantasma de brazos bamboleantes que se hinchaba y cuya cabeza ya había pasado el borde de la pared hacia la nada. Giró a la derecha y, mientras caminaba sobre pedazos de vidrio, se sobresaltó: su corazón golpeaba cada vez más fuerte y podía sentir cómo temblaba. Había alguien parado a su derecha en un oscuro nicho, alguien que permanecía inmóvil. Trató de gritar algo parecido a un "hola", pero su voz se había empequeñecido del miedo y el intenso palpitar de su corazón se lo impedía. En la oscuridad la figura no se movía; sujetaba algo en las manos que parecía ser un palo. Entre titubeos se fue acercando más y más, y aun cuando reconoció que se trataba de una escultura, no disminuyeron las palpitaciones de su corazón. Se acercó un poco más para descubrir, bajo la tenue luz, a un ángel de piedra con ondulantes rizos que sostenía un lirio en la mano. Se inclinó hasta que su barbilla casi tocó el pecho de la figura y, con una extraña alegría, contempló por largo rato ese rostro, el primero que encontraba en la ciudad: el semblante de

piedra de un ángel con una sonrisa dolorosa e indulgente. La cara y el cabello estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo, incluso en las cuencas de los ojos ciegos pendían unos copos oscuros. Les sopló con cuidado, casi con cariño, sonriendo ahora él mismo; liberó del polvo todo el compasivo óvalo y, entonces, descubrió que la sonrisa era de yeso. La suciedad le había otorgado a los rasgos la grandeza del original del que se había moldeado aquella copia. Pero él siguió soplando, limpiando la magnífica cabellera rizada, el pecho, la capa ondulada y, con soplidos rápidos y cuidadosos, el lirio de yeso. La alegría que había sentido al mirar el sonriente rostro de piedra se fue apagando cuanto más evidentes se hacían los colores brillantes, el espantoso barniz de la industria de la piedad, los bordes dorados de la capa, y la sonrisa de aquel rostro le pareció de pronto tan muerta como la ondulante cabellera. Volvió lentamente por el pasillo para buscar la entrada al sótano. El golpeteo de su corazón había cesado.

Del sótano llegaba hasta él un aire bochornoso, agrio. Bajó poco a poco los escalones viscosos y se adentró a tientas en una oscuridad amarillenta. Goteaba de algún lado, el líquido se mezclaba con el polvo y los escombros, hacía los escalones resbaladizos como el piso de un acuario. Siguió adelante. De una puerta del fondo salía luz, por fin una luz. En la semioscuridad pudo leer un letrero a su derecha: "Sala de rayos X. Favor de no ingresar". Se acercó más a la luz, que era amarilla y suave, muy tenue, y comprendió por su parpadear que debía tratarse de una vela. No se escuchaba nada, por todas partes había yeso caído, pedazos de piedra y los escombros irreconocibles que se extendían por todos lados después de los bombardeos. Las puertas habían sido arrancadas y, conforme avanzaba por los cuartos oscuros, un huidizo resplandor le permitía reconocer sillas y sofás amontonados, armarios aplastados de los cuales salía cualquier tipo de cosas. Todo despedía un olor a humo frío y suciedad húmeda. Sintió náuseas.

La puerta de donde provenía la luz estaba abierta de par en par. Había una monja de hábito azul marino junto a una gran vela colocada sobre un soporte de metal. Mezclaba una ensalada en un gran traste de peltre. Muchas de las hojitas verdes tenían motes blancuzcos y él podía escuchar el suave sonido del aderezo cayendo en el fondo del traste. La gruesa mano de la monja hacía girar las hojas con calma; de vez en cuando caían del borde las hojitas húmedas, que ella recogía tranquilamente y volvía a echar en el traste. Junto a la mesa color café había una gran jarra de hojalata que despedía el olor caliente y flojo de un mal caldo. Era el desagradable olor de agua caliente, cebollas y algún cubo de condimento.

—Buenas noches —saludó él en voz alta.

La monja miró espantada a su alrededor; en su rostro plano y sonrosado se asomaba el miedo y sólo murmuró:

—Dios mío, un soldado.

De sus manos goteaba el aderezo lechoso y en sus brazos aparecían pegadas algunas minúsculas hojitas de la ensalada...

—Dios mío —repitió espantada—. ¿Qué quiere? ¿Qué sucede?

—Busco a alguien.

—¿Aquí?

Él asintió. Ahora posaba su mirada a la derecha, en un armario abierto cuya puerta había sido arrancada por una explosión: observaba los restos desgarrados de la puerta contrachapada que aún colgaban de las bisagras, el piso cubierto con pedazos minúsculos de barniz desmoronado. Había pan en el armario. Muchos panes. Estaban amontonados de manera descuidada, al menos una docena de panes morenos deformados. Inmediatamente se le hizo agua la boca, se tragó el aluvión de saliva y pensó: “Me comeré el pan. Pan, pase lo que pase me voy a comer el pan”. Arriba del montón había una cortina verduzca desgarrada que parecía ocultar aún más pan.

—¿A quién busca? —preguntó la hermana.

Él volvió el rostro hacia la mujer.

—Busco a... —dijo, pero primero tuvo que abrir el bolsillo de su camisa militar para sacar la nota. Hundió los dedos hasta el fondo, agarró el pedazo de papel, lo desdobló y continuó—: Gompertz, la señora Gompertz, Elisabeth Gompertz.

—¿Gompertz? —dijo la monja— ¿Gompertz? No sé...

Él la miró de lleno: su rostro, ancho, pálido y de expresión tonta, lucía muy inquieto, la piel le temblaba como si le quedara floja, sus grandes ojos acuosos lo observaban con miedo.

—Dios mío, los estadounidenses están aquí. ¿Usted huyó? Lo van a agarrar...

Él negó con la cabeza, volvió a clavar la vista en el pan y preguntó a media voz:

—¿Se puede saber si la mujer está aquí?

—Seguro.

La hermana echó un vistazo al montón de pan, se limpió las hojitas de la ensalada y las salpicaduras del aderezo, y comenzó a secarse las manos con un trapo.

—No quiere... quizás... en la administración —balbuceó inquieta—. No creo que esté aquí, ya sólo tenemos veinticinco pacientes y ninguna señora Gompertz. No. Creo que no.

—Pero ella tiene que haber estado aquí.

La monja tomó de la mesa un anticuado relojito redondo, plateado y sin correas.

—Ya son las diez, debo repartir la comida. Seguido se nos hace tarde —agregó en tono de disculpa—. ¿Quiere esperar un poco? ¿Tiene hambre?

—Sí.

Ella miró interrogante la ensalada, el montón de pan, y después lo contempló a él.

—Pan —dijo él.

—Pero no tengo nada para acompañarlo.

Él se rio.

—De verdad —insistió ella ofendida—, de verdad que no.

—Por Dios, hermana, lo sé, le creo, pan, si usted me pudiera dar algo de pan —de nuevo se le hizo agua la boca en un momento, tragó la tibia saliva y repitió en voz baja—: pan.

Ella fue al armario, sacó un pan, lo puso en la mesa y comenzó a buscar un cuchillo en el cajón.

—Así está bien —dijo él—, yo puedo cortar el pan. Sólo déjelo así, gracias.

La monja abrazó el traste de la ensalada con un brazo, con el otro tomó la jarra del caldo. Él se apartó del camino de la mujer y agarró el pan de la mesa.

—Regreso enseguida —dijo ella en la puerta—. Gompertz, ¿verdad? Voy a preguntar.

—¡Gracias, hermana!

Rápidamente arrancó un gran trozo de pan. Su barbilla temblaba, sintió que los músculos de su boca y mandíbula se contraían. Hundió los dientes en el suave y disparejo pedazo de pan, justo donde lo había arrancado, y comió. Era pan viejo, de seguro de cuatro o cinco días, quizás aún más, un simple pan moreno con marcas de papel rojizo de alguna fábrica, pero con un sabor tan dulce. Continuó masticando, luego tomó la oscura costra, agarró el pan entre sus manos y arrancó un nuevo pedazo. Mientras comía con la mano derecha, sujetaba tenazmente con la izquierda el pan, como si alguien fuera a llegar y quitárselo, y vio su mano seca y sucia, con una herida cubierta por una costra llena de mugre.

Echó una mirada a su alrededor: el cuarto era pequeño. En las paredes había unos estantes barnizados de blanco, casi todos sin puertas: estaban llenos de ropa blanca desordenada y, en una esquina, debajo del sofá de piel, había instrumentos médicos tirados; el tubo de una vieja estufa de hierro negro salía a través de una ventana rota, a unos pasos de donde estaba la leña hecha añicos y un

montón de briquetas sueltas que habían sido arrojadas al piso. Junto a un gabinete de pared lleno de medicamentos colgaba un gran crucifijo negro; detrás de éste se había deslizado hacia abajo la rama de un boj que había quedado prendida entre la madera y la pared.

Se sentó en una caja y partió otro pedazo de pan. Aún sabía delicioso. Cuando arrancaba un trozo, siempre mordía primero la parte suave del interior, luego sentía girar en su boca la agradable, dulce y seca caricia del pan, mientras hundía los dientes. Era tan dulce.

De pronto, sintió que alguien lo observaba y levantó la vista: en la puerta estaba una monja muy alta, de rostro delgado y blanco, los labios pálidos, los grandes ojos fríos y tristes.

—Buenas noches —saludó él.

La monja sólo asintió y entró, y él vio que llevaba un gran libro negro bajo el brazo. Ella se acercó primero al cirio del altar, colocado en un soporte de metal sobre una mesa blanca llena de tubos de ensayo, y cortó el pabilo con unas tijeras para vendajes. La parpadeante luz se volvió pequeña y clara, y una parte de la habitación cayó en la oscuridad. Entonces la monja se le acercó y murmuró muy tranquila y en voz baja:

—Hágase un poco para allá, por favor.

Se sentó a su lado en la caja. Él percibió el aroma a jabón del tieso hábito azul. La monja sacó de una bolsa un estuche de lentes negro, lo abrió y comenzó a buscar en el libro.

—Gompertz, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Él asintió tragando el último bocado de pan.

—Ya no está aquí —dijo con el mismo tono de voz—. Sí me acuerdo. Fue dada de alta hace algunos días, debíamos hacer lugar, tuvimos que mandar a todos los internos a casa. Pero voy a ver...

—¿Usted la conoce? —preguntó él suavemente.

—Sí —levantó la vista del libro y lo miró; él sintió que esos ojos fríos y tristes eran muy dulces—. Pero usted no es su marido, ¿verdad?

Volteó de nuevo al libro y comenzó a pasar las páginas, escritas muy apretadamente de principio a fin de la hoja.

—Tenía un problema de estómago, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Dios mío, su marido estuvo aquí hace unos días. Un sargento, como usted —echó una mirada a las hombreras militares, luego continuó buscando en las páginas hasta llegar a la última del libro—. ¿Usted prestó servicio con él?

—Sí.

—Él estuvo con ella, sentado en su cama. Dios mío, me parece que fue hace tanto, pero pudo haber sido hace algunos días. ¿A qué estamos hoy? ¿Qué día es?

—Ocho, ocho de mayo.

—¡Parece que fue hace mucho!

Su dedo, largo y pálido, ahora se deslizaba lentamente de abajo hacia arriba sobre la última página del libro.

—Gompertz, Elisabeth —repitió ella— fue dada de alta el seis, anteayer.

—Por favor, deme su dirección.

—Calle Ruben —respondió la mujer—. Ruben número ocho —se incorporó, cerró el libro de golpe y se lo puso bajo el brazo—. ¿Qué pasa? ¿Qué hay con su marido?

—Está muerto.

—¿Cayó en el frente?

—Lo fusilaron.

—¡Dios mío! —la mujer se recargó en la mesa, echó un vistazo al resto del pan y dijo suavemente—: Cuídese, andan muchas patrullas en la ciudad. Son muy severos.

—Gracias —dijo él con voz ronca.

Ella se dirigió lentamente hacia la puerta, se volvió una vez más y preguntó:

—¿Usted es de aquí? ¿Sabe cómo llegar?

—Sí.

—Buena suerte —exclamó en respuesta y, antes de darse vuelta, murmuró de nuevo—: Dios mío.

—¡Gracias, hermana, muchas gracias!

Partió otro pedazo de pan y comenzó a comer de nuevo. Ahora comía con mucha lentitud, con toda calma, y una vez más le supo dulce. La flama había vuelto a hacer un hueco en la vela, el pabilo era más largo, la luz se había hecho más intensa e iluminaba mejor. En ese momento se escucharon pasos en el corredor, era el suave arrastrar de pies de la monja que se había marchado con la ensaladera y, detrás de ella, el impaciente andar de un hombre.

La monja entró con un médico, puso la ensaladera vacía debajo de la mesa, la jarra a un lado y comenzó a remover en el horno.

—¡Qué locura! —exclamó el médico—. La guerra ha terminado y está perdida, quítese esos trapos y tire ya los juguetes.

El médico era joven, de unos treinta y cinco años; tenía un rostro ancho y colorado, extrañamente marcado por las arrugas, como si al levantarse hubiera quedado marcado por los pliegues de la almohada. Hans percibió el olor a tabaco y se dio cuenta de que el médico sostenía el humeante cigarrillo detrás de la espalda, haciendo un cuenco con la palma de la mano.

—Regáleme un cigarro.

—¡Ah! —el médico sacó una cajetilla del bolsillo de su bata y Hans vio en ella dos cigarrillos sueltos y una mitad; el hombre le dio la mitad—. Oiga, cuídese de que nadie lo pesque.

Luego, sostuvo el cigarrillo encendido para que Hans prendiera el suyo. Sus dedos eran gruesos y amarillos, con uñas rotas.

—Gracias, muchas gracias —le dijo.

El médico sacó unas ampollas de un cajón, metió unos bisturís y las tijeras en la bolsa de su bata, y enseguida

abandonó el cuarto. Hans fue tras él. La ancha figura se movió rápidamente en el oscuro pasillo hacia las escaleras.

—¡Un momento, por favor! —gritó Hans.

El médico se detuvo y durante un instante, mientras se daba vuelta, Hans vio su perfil chato, de nariz plana; se paró junto al médico y pidió:

—Sólo un minuto.

El hombre guardó silencio.

—Necesito papeles.

—¡Por favor! —gritó el médico.

—Papeles válidos. Aquí deben tener papeles en algún lado, de preferencia de un muerto. Inténtelo.

—Está usted loco.

—De ninguna manera. No quiero ir a prisión. Vivo aquí, tengo todo tipo de cosas por hacer, por buscar. Ayúdeme.

Dicho esto, Hans se quedó callado. Apenas podía ver la cara del médico vagamente, pero percibía, en esa oscuridad húmeda y rancia, la cercana, cálida respiración del otro, y también un crujir como de algo que se desmoronaba suavemente.

—¿Tiene dinero? —le preguntó al fin el médico en voz baja.

—Todavía no, pero pronto, cuando... cuando esté en casa.

—Estas cosas cuestan dinero.

—Lo sé.

El médico volvió a guardar silencio, escupió la colilla, y Hans vio la brasa incandescente chocar contra la pared y lanzar chispas que iluminaron un lugar donde quedaba a la vista el horrible muro desnudo, y después apagarse con un silbido en un charco. Sintió cómo el médico lo agarró con fuerza del brazo y farfulló con voz ronca:

—Espere aquí, tengo cosas que hacer.

Lo hizo a un lado, abrió una puerta de golpe, empujó a Hans dentro y se marchó a toda prisa.

Estaba en un pequeño vestidor. En la oscuridad buscó a tientas la angosta banca y, al sentarse, palpó el revestimiento de madera de la pared ligeramente perfumado. Parecía estar intacto; era suave, agradable. De repente, sintió algo de textura muy sedosa entre los dedos, una prenda de vestir. Se incorporó y levantó la mano hacia el gancho para descolgarla. Parecía una delgada y suave gabardina. Sintió los grandes botones de asta y un cinturón cuya hebilla colgaba suelta y le pegaba en las piernas. Olía a mujer: a talco y jabón, al ligero aroma del lápiz labial. Levantó la gabardina del gancho para que se extendiera por completo y buscó a tientas en las bolsas: una estaba vacía, sus dedos salieron del lado izquierdo del forro palpando el aire; en la derecha crujió un papel y, al buscar más al fondo, Hans encontró algo plano y metálico; lo sacó y, a oscuras, colgó de nuevo la gabardina en el gancho.

Era una cigarrera; apretó el botón y la tapa se abrió de un salto; aún tenía cigarrillos; los contó con cuidado deslizando la yema del dedo sobre éstos. Eran cinco, sacó dos, cerró el estuche y lo metió en la bolsa de la gabardina.

De pronto se sintió muy cansado, el medio cigarrillo lo había adormilado. Guardó los dos cigarrillos en el bolsillo de su camisa, junto a la nota, se sentó en el piso con la espalda recargada en la pared y estiró las piernas lo más que pudo.

Se despertó porque tenía frío. El aire helado que se colaba por debajo de la puerta le había enfriado las piernas y recorría su espina dorsal hasta la nuca, que sentía rígida. Se levantó y abrió la puerta: todo estaba oscuro, el pasillo continuaba oliendo rancio, a humedad, y el hedor del humo frío y la suciedad mojada volvían pesado el aire. Tosió. No sabía qué hora era, sólo recordaba que el médico había prometido regresar. Parecía que las monjas se habían marchado. Encontró la otra puerta cerrada, regresó al vestidor y se puso la gabardina de mujer. Le quedaba bien, sólo las mangas eran algo cortas. Hundió las manos en las bolsas, encontró un pañuelo en la derecha que utilizó para

tapar el hoyo del forro de la izquierda. Apachurró el papel crujiente hasta el fondo, luego se abrochó la hebilla de madera, azotó la puerta del vestidor y subió a tientas las escaleras.

También arriba estaba oscuro y silencioso; donde se podía ver el cielo, aparecía cierta claridad azul apacible entre las nubes. Toda el ala izquierda del gran edificio tenía obstruido el paso por bloques de hormigón derribados; a través de las rendijas veía los lúgubres cuartos destruidos, vigas de metal atravesadas en esa atmósfera viciada por el olor de los repugnantes escombros mojados. Giró a la derecha a un pasillo abierto y, de pronto, escuchó respiraciones: había un par de oscuros huecos abiertos en las puertas, las habitaciones parecían estar ocupadas, olía a moho, sudor, orina y a cama caliente, y sobre todo estaba el fuerte olor de la suciedad mojada e impregnada de humo. Ahora se podía escuchar con claridad el sonido de unas personas que respiraban y gemían muy quedo, y descubrió la roja brasa de un cigarrillo en la esquina de una habitación.

Le dio la vuelta a la esquina hacia la izquierda y finalmente vio luz. El halo caía en una gran pared amarillenta con el papel tapiz chamuscado. Del lado derecho vio los escombros de un quirófano: vitrinas destruidas, instrumentos tirados por todas partes, una cama medio cubierta de escombros y una gran lámpara blanca de cristal que, silenciosa e indemne, oscilaba amenazante en la oscuridad como un gigantesco insecto repugnantemente limpio. Al acercarse más, vio a través de una grieta que la gran lámpara pendía de un cable muy delgado y oscilaba por su propia gravedad; vio que la gran campana de vidrio, blanca y asquerosamente limpia, vacilaba descendiendo cada vez más, porque en algún lugar invisible del techo que quedaba, los ganchos del cable se soltaban uno después del otro.